

Palabras del Papa

Extracto de la homilía de
Benedicto XVI pronunciada en
las vísperas del Primer
Domingo de Adviento.

09/12/2010

Mientras nuestros corazones se disponen a la celebración anual del nacimiento de Cristo, la liturgia de la Iglesia orienta nuestra mirada hacia la meta definitiva: el encuentro con el Señor que vendrá en el esplendor de la gloria. Por eso nosotros que en cada Eucaristía «anunciamos su muerte, proclamamos su

resurrección, a la espera de su
venida», vigilamos en oración. La
liturgia no se cansa de alentarnos y
de sostenernos, poniendo en
nuestros labios, en los días de
Adviento, el grito con el cual se cierra
toda la Sagrada Escritura, en la
última página del Apocalipsis de san
Juan: «¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20).

Precisamente el comienzo del Año
litúrgico nos hace vivir nuevamente
la espera de Dios que se hace carne
en el seno de la Virgen María, de Dios
que se hace pequeño, se hace niño;
nos habla de la venida de un Dios
cercano, que ha querido recorrer la
vida del hombre, desde los
comienzos, y esto para salvarla
totalmente, en plenitud. Así, el
misterio de la encarnación del Señor
y el inicio de la vida humana están
íntima y armónicamente conectados
entre sí dentro del único designio
salvífico de Dios, Señor de la vida de
todos y de cada uno. La Encarnación

nos revela con intensa luz y de modo sorprendente que toda vida humana tiene una dignidad altísima, incomparable.

Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones; nos llama a la amistad con él; nos hace partícipes de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina. Con conmoción y gratitud tomamos conciencia del valor, de la dignidad incomparable de toda persona humana y de la gran responsabilidad que tenemos para con todos.

El amor a todos, si es sincero, tiende espontáneamente a convertirse en atención preferente por los más débiles y los más pobres. En esta línea se sitúa la solicitud de la Iglesia por la vida naciente, la más frágil, la más amenazada por el egoísmo de los adultos y por el oscurecimiento de las conciencias. La Iglesia subraya

continuamente lo que declaró el concilio Vaticano II contra el aborto y toda violación de la vida naciente: «Se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción» (*ib.* , n. 51).

A la Virgen María, que acogió al Hijo de Dios hecho hombre con su fe, con su seno materno, con atenta solicitud, con el acompañamiento solidario y vibrante de amor, encomendamos la oración y el empeño en favor de la vida naciente. Lo hacemos en la liturgia —que es el lugar donde vivimos la verdad y donde la verdad vive con nosotros— adorando la divina Eucaristía, en la que contemplamos el Cuerpo de Cristo, ese Cuerpo que tomó carne de María por obra del Espíritu Santo, y de ella nació en Belén, para nuestra salvación.

Vatican.va

.....

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-mx/article/palabras-
del-papa/](https://dev.opusdei.org/es-mx/article/palabras-del-papa/) (17/08/2025)